discursofuneral.es

Familia, amigas y amigos, gracias por estar aquí hoy para despedir y celebrar la vida de Lucía Fernández Morales, nuestra Luci.

Hoy, en este servicio de cremación, nos reunimos con el corazón apretado y, a la vez, con la certeza de que una vida luminosa no termina: cambia de forma, se reparte un poco en cada uno de nosotros. Eso es lo que Luci hizo siempre: repartir luz.

Naciste en Valladolid, un 22 de agosto de 1965. Desde muy pronto elegiste un rumbo claro: enseñar. No por inercia, sino por vocación. Fuiste maestra de primaria porque creías, de verdad, que la educación es un motor de cambio. No lo decías para quedar bien: lo vivías en el aula, en casa, en cada conversación. Aprender, para ti, era abrir ventanas.

Luego vino Madrid, y allí nos encontramos. Allí levantamos, poco a poco, una casa que se hizo refugio, y una familia que es tu obra más hermosa: Paula, Diego, y ahora el pequeño Nico que ya sabe, aunque no sepa decirlo, que su abuela tenía manos de calma. También Teresa, tu hermana, tu aliada de toda la vida. Hoy nos miramos y sabemos que todo lo que fuimos haciendo a tu lado tenía un pulso común: curiosidad, perseverancia y ternura inagotable.

Hay un recuerdo que vuelve con fuerza. El primer día que montamos el huerto en la azotea. Éramos dos principiantes con más ilusión que método. La tierra volaba, los guantes desaparecían, las macetas parecían tener voluntad propia. No hicimos nada “como en los manuales”, pero nos reímos hasta que nos dolió la cara. Acabamos llenos de tierra, sudados, felices. Esa tarde entendí tu manera de estar en el mundo: manos dentro de la vida, sin miedo a ensuciarse, riéndote de los tropiezos, celebrando lo que estaba naciendo.

Tu azotea se convirtió en estación del año. Sembrar, esperar, regar, confiar.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Aprendimos juntos a leer el color de las hojas y la paciencia de las raíces. En medio de la ciudad, nos enseñaste a escuchar la naturaleza sin prisas. Todo eso, Luci, era también tu forma de acompañar a las personas: no empujar, sino cuidar el terreno para que cada quien pudiera crecer.

En la escuela parecías tener un mapa secreto del ánimo de tus alumnos. Sabías cuándo un comentario suave valía más que una clase magistral, cuándo un dibujo en la esquina de la libreta abría un tema que nadie se atrevía a contar. Más de una vez volvías a casa con pinturas en los dedos y una anécdota en el bolsillo: ese niño que por fin leyó en voz alta, esa niña que reconoció su esfuerzo, esa familia que agradeció tu llamada. Tú decías: hoy pasó algo chiquito y grande a la vez. Y ahí estaba tu medida de la vida: encontrar lo grande en lo cotidiano.

Tu mesa siempre fue mezcla de acuarelas, libros subrayados y una taza de té que se enfriaba mientras te perdías en un cielo que querías atrapar en papel. Tus paisajes en acuarela no buscaban la perfección fotográfica; buscaban la respiración del momento. Sabías detenerte en los bordes del color, en las transparencias, como si dijeras: aquí cabe la luz. Hoy, al ver tus cuadros expuestos, siento que nos dejas un mapa de lugares y horas que supiste mirar con gratitud. Gracias por esa herencia que habla sin palabras.

Y cómo olvidar tus notas en la nevera. Pequeños post-its que parecían imanes de alegría. Frases cortas, a veces con un dibujo mínimo: un sol que asomaba detrás de una colina, una regadera junto a una maceta. “Hoy también cuenta.” “Respira hondo.” “Confía en el proceso.” “Recuerda: las tomateras no corren, crecen.” No eran mensajes grandilocuentes; eran recordatorios de lo esencial. Las seguiremos buscando sin buscarlas, en los lugares donde la rutina se agrieta y entra la esperanza.

Extrañaremos tu mirada, esa que calmaba todo. Tenía una manera de decir “estoy aquí” sin pronunciar una palabra. Cuando llegaba una preocupación, tú la mirabas completa, no la negabas. Pero le abrías una ventana. Y, de pronto, parecía menos pesada. Creo que por eso tantos venían a contarte cosas: porque

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

al salir, la vida pesaba distinto.

A Paula y Diego, nuestros hijos: vuestra madre os enseñó sin discursos lo que significa ser humildes y valientes a la vez. Os mostró que la curiosidad es una forma de respeto y que el respeto se riega como el huerto: con constancia. Os dio algo que no cabe en ningún legado material: una brújula. Nadie os la puede quitar. Y Nico, amor, crecerás rodeado de historias de tu abuela y de sus colores. Cuando te hablen de ella, mira las hojas del olivo que plantaremos hoy: ahí habrá algo de su paciencia y su alegría silenciosa.

Teresa, hermana, compañera de infancia: cuánto celebraba Luci vuestras risas que volvían a los veranos de Valladolid. Gracias por sostener sus raíces con tanta delicadeza. Sé que en cada sobremesa, en cada paseo, fuiste los dos extremos de una misma cuerda. Hoy esa cuerda no se corta: se transforma en memoria viva.

Hay algo más que agradecerte, Luci: hiciste de nuestra casa un refugio. No un museo ordenado, sino un lugar habitable donde la gente podía ser como era. Nos enseñaste a celebrar lo cotidiano: el pan que sale bien, la flor que abre de golpe una mañana de lunes, un atardecer que ocurre sin darse importancia. Nos enseñaste a decir gracias por lo pequeño, porque ahí se cultivaba lo grande.

Fuiste luminosa, sí, pero no porque no te rozaran las sombras. Justo al contrario: porque supiste mirar las sombras y encontrarles salida. Perseverante, curiosa, de ternura inagotable. Te reconocíamos en los gestos: un libro prestado con una nota, una pregunta bien hecha, una maceta regalada a tiempo. Esas cosas que no salen en las biografías largas, pero sostienen la vida de todos.

Hoy, ante el fuego que transformará tu cuerpo, elegimos recordar lo que no arde: tus valores, tu manera de estar, tu risa con la cara manchada de tierra, tus manos que enmarcaban el mundo como si fueran un visor de pintora. Elegimos que esta despedida sea también un comienzo. Después de la ceremonia, miraremos tus acuarelas como se mira a una amiga que te guiña un ojo desde la otra sala. Y luego plantaremos un olivo. Que eche raíces donde tú

Crea tu propio discurso personalizado en discursofunerar.es

ayudaste a tantos a echar las suyas. Que nos dé sombra y tiempo. Que nos recuerde que lo que crece despacio, crece de verdad.

No quiero idealizarte, amor. Tenías tus manías, tus silencios cuando algo te preocupaba, ese modo de ordenar los pinceles que solo tú entendías. Y, quizá porque te conocíamos completa, te queríamos completa. Eso es lo que hace real el amor: no borrar aristas, sino aprender a sostenerlas juntos.

Me siento especialmente agradecido por estos 35 años de matrimonio. Fuiste compañera y mejor amiga. Caminamos mucho, literal y figuradamente. En nuestros paseos al atardecer entrenábamos una forma de conversación que no necesitaba soluciones inmediatas. Mirábamos el cielo cambiar y parecía que, entre paso y paso, se iban acomodando también nuestras ideas. Guardo esos paseos como quien guarda una caja de fósforos: con una cerilla de esos atardeceres puedes encender la luz de muchos días.

A quienes lloráis hoy: está bien llorar. También está bien sonreír cuando alguien cuente una anécdota suya y nos reconozcamos en ella. La pena y la gratitud caben en el mismo banco. Si algo nos enseñó Luci es que el dolor no se apaga negándolo, sino compartiéndolo. Hagámoslo a su manera: con respeto, con humildad, cuidando la naturaleza de cada quien, dejando que el tiempo haga su trabajo.

Y a ti, Luci, déjame decirte en presente lo que te dije tantas veces: gracias por enseñarme a mirar despacio. Por recordarme que una casa se construye con manos y con palabras, con errores y con risas, con paciencia. Gracias por tus paisajes que nos seguirán abriendo ventanas cuando haga falta. Gracias por las notas en la nevera, por las lecturas compartidas, por la confianza en lo que crece sin hacer ruido.

Hoy te dejamos ir en este gesto de fuego que transforma. Pero todo lo que sembraste sigue latiendo. En Paula y en Diego, en Nico que aprenderá a decir abuela mirando un cuadro tuyo, en Teresa, en quienes fueron tus alumnos y hoy repiten gestos tuyos sin saberlo, en quienes pasaron por casa y se quedaron un

rato más porque contigo el tiempo era amable.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Nos despedimos celebrando tu vida. Con tierra en las manos, como tanto te gustaba. Con color en la mirada. Con un olivo joven que irá contando los años. Y con una promesa sencilla, de esas que te gustaban: seguiremos cuidando lo cotidiano. Seguiremos agradeciendo el pan, la flor, la tarde. Seguiremos poniendo una nota en la nevera cuando haga falta.

Gracias, Luci. Aquí seguimos. Y, de algún modo, contigo.

Este discurso fue creado con discursofuneral.es.Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora endiscursofuneral.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es